

## ANDROCLES Y EL LEÓN

Hace muchos siglos vivía en el norte de África un pobre esclavo romano llamado Androcles. Su dueño era un hombre muy cruel, por lo que sus esclavos eran muy desdichados. Si dejaban de satisfacer los deseos de su señor, siempre eran castigados y torturados. Androcles aguantó durante mucho tiempo los rigores de aquella vida, pero finalmente, no soportando más, decidió huir.

Sabía que al hacerlo correría un gran riesgo, pues en aquel país extranjero no tenía amigos que le pudieran dar seguridad y protección; también sabía que si era encontrado y preso, sería castigado con una muerte cruel. Pero, creía que la muerte no sería tan terrible como la vida que llevaba; y que era posible que pudiera escapar hasta la costa marítima y que algún día, de alguna forma, podría volver a Roma y, quién sabe, encontrar un dueño mejor.

Así que, en una noche oscura, escapó de la casa de su señor y, protegido por las sombras, cruzó la plaza desierta y las calles silenciosas, salió de la ciudad y se cruzó los viñedos que había fuera de los muros. El aire frío de la noche lo ayudaba a andar rápidamente. Al despuntar el Sol en el horizonte ya estaba a muchos kilómetros del lugar donde había sufrido tanto. Pero, ahora, un nuevo terror lo oprimía, el terror de la inmensa soledad.

Estaba en una región desierta, improductiva, donde no había señal de ninguna habitación humana. Se sentía tan cansado que no tenía fuerzas para proseguir vagando; por eso, al ver una caverna que parecía fresca y oscura se arrastró hacia dentro, y extendiendo los miembros cansados en el suelo arenoso se durmió.

De repente, fue despertado por un ruido que le hizo helar la sangre en las venas. Al escuchar el rugido de un animal salvaje, se puso de pie y vio un enorme león amarillo-rojizo con grandes dientes, blancos y brillantes, parado a la entrada de la caverna.

Era imposible huir, pues la fiera cerraba el camino. Incapaz de moverse por causa del terrible miedo, Androcles quedó allí, de pie, pegado al suelo, petrificado, aguardando que el león saltara sobre él y lo triturara, miembro por miembro.

El león, sin embargo, no se movió. Gimiendo bajito, como si estuviera con mucho dolor, se puso a lamer su enorme pata, de la que manaba mucha sangre. Al ver a aquel animal sufriendo tanto, el esclavo olvidó su propio terror y lentamente se aproximó al león.

Este, entonces, irguió la pata, como pidiendo auxilio. Androcles vio que una enorme espina había penetrado en la pata del animal, produciéndole un profundo corte. La pata estaba hinchada y daba la impresión de que dolía mucho. Rápidamente retiró la espina y comprimió bien la hinchazón para parar la sangre. El dolor pasó, y entonces el león, aliviado, se acostó quietamente a los pies de Androcles, moviendo lentamente su espesa cola, tal como lo hace un perro cuando se siente bien y contento.

Desde aquel momento, Androcles y el león se hicieron amigos. Durante tres años los dos vivieron juntos en la caverna, de día vagando por los campos en busca de alimento, y a la noche durmiendo juntos, pues la caverna era en verano un lugar más fresco que el matorral, y en el invierno era más caliente.

Finalmente, en el corazón de Androcles pesó tanto el deseo de volver a convivir con compañeros humanos que sintió que no podía continuar en aquella soledad. Debía ir a alguna ciudad y correr el riesgo de ser tomado preso y muerto como esclavo fugitivo. De modo que, cierta mañana, abandonó la caverna y comenzó a vagar creyendo que iba en dirección al mar y que encontraría una ciudad grande. A los pocos días fue capturado por un pelotón de soldados que estaban patrullando el campo en busca de esclavos fugitivos. Y el pobre Androcles fue encadenado y enviado preso a Roma.

En Roma lo colocaron en la cárcel y lo juzgaron por el crimen de haber huido de su señor. Como consecuencia, recibió la condena de morir despedazado por animales feroces en el primer feriado internacional, en el gran circo de Roma.

Cuando el día llegó, lo llevaron al circo, vistiendo una túnica modesta y corta. Le dieron una lanza, para que pudiera defenderse, aunque era una vana esperanza, pues bien sabía Androcles que tendría que luchar con un potentísimo león, al que habían dejado sin comer durante varios días para ponerlo más salvaje y sanguinario. Al entrar en la arena del gran circo romano, oyó por encima de las voces de los millares y millares de espectadores el rugido amenazador de las fieras, que todavía estaban en sus jaulas subterráneas.

De repente, un silencio expectante dominó a los asistentes. A una señal, llevaron a la arena la jaula en la que estaba el león que debía luchar con Androcles.

Después de un instante, con un rugido salvaje, la fiera saltó furiosamente de la jaula a la arena y avanzó velozmente hacia el rincón donde se encontraba Androcles, de pie, temblando. Pero, de repente, al ver al esclavo, el león se aquietó, sorprendido. Entonces, ligera pero mansamente, se acercó a Androcles moviendo alegremente la cola, y se puso a lamer sus manos y a hacerle fiestas como si fuera un gran perro. Androcles acarició la cabeza del león, con sollozos de gratitud, pues vio que era el mismo león con el que había vivido todos aquellos años.

Viendo aquel extraordinario y extraño encuentro entre el hombre y la fiera, todos los espectadores se maravillaron. El emperador, que estaba en su palco especial, pidió que llevaran a Androcles a su presencia para que le contara aquella extraña historia y le explicara aquel misterio. Al oírlo, se emocionó tanto que ordenó que Androcles fuera liberado, y que desde aquella hora en adelante fuera considerado hombre libre. El emperador lo recompensó con dinero y ordenó que el león pasara a pertenecer al esclavo, debiendo acompañarlo dondequiera que fuera.

Cuando las personas en Roma veían a Androcles andando por las calles, seguido de su fiel león, sin duda amordazado, lo señalaban y decían: "Aquél es el león, el huésped del hombre; y aquel es el hombre, el médico del león".